

Poesía



En esta entrega, como en anteriores, la revista ofrece a sus lectores una muestra de poesía de diversos autores antioqueños, poetas del pasado y el presente, consagrados o con obra en pleno proceso, exitosos o marginales, olvidados o vigentes, en el entendimiento de que lo que cuenta es su condición de voces sinceras, eficaces, auténticas, sus valores de perennidad.

Por eso en el presente número, concebido en calidad de **homenaje In Memoriam** a ese renovador de la poesía colombiana y del lenguaje en lengua castellana que fue **Jaime Jaramillo Escobar**, le hacen compañía a una pequeña muestra de sus poemas, algunos de **Elkin Obregón**, cuya memoria motiva también el carácter de esta edición y quien cultivó el oficio poético con igual felicidad que otros en su sobresaliente parábola vital de hacedor múltiple de cultura.

Al lado de ellos incluimos a Lucía Estrada y César Herrera, con libros publicados y una convincente obra en proceso que además ha tenido eco en medios nacionales y del exterior. También, la filiación contemporánea de su oficio poético inicial en la escritura de Jorge Iván Agudelo, y finalmente a Héctor Fagot, poeta panadero fallecido recientemente, de quien la convincente fuerza y sinceridad de sus imágenes hace patente la superación de su dolorosa marginalidad existencial.

"Coda

En sus bellos cuentos de Navidad, Charles Dickens nos entrega el sabor y el olor de su Londres del siglo XIX. Yo, que estoy leyendo a Jaime Jaramillo Escobar, quisiera leer un cuento suyo sobre la Navidad, con olor al suroeste antioqueño, a su río Cauca, a sus pastizales de Yaraguá (los de Jaime). Qué linda historia le saldría, a este yerbatero que no vende nada, ni siquiera belleza, porque la regala".

Elkin Obregón.

Afrenta de la muerte

Jaime Jaramillo Escobar (X-504)

*La Muerte, acompañada de sus seis hijos...
Evangelio de Bartolomé. (Recensión copta)*

He aquí que de repente aparece la Muerte acompañada de
sus seis hijos,
de los cuales tres son varones y tres son hembras.
Yo la miro fijamente y la escupo a la cara,
y ella me lanza una palabrota por debajo de su manto raído.
–Mala Muerte, mala Muerte:
si yo te preñé seis veces
te puedo preñar las siete.
Cuando yo estaba enfermo vino el Gran Visir a mi alcoba
con sus seis amantes,
de los cuales tres son varones y tres son hembras,
y abriendo la puerta a las tres de la madrugada,

los echó desnudos sobre el tapiz, a los pies de mi cama,
y cohabitó con ellos al borde de mi fiebre.

Después yo tuve que ponerme a pelear con la Muerte, hasta
que se estuviera callada.

–Mala Muerte, mala Muerte:
si te preño siete veces,
puedo preñarte las nueve.

El día que llegué al puerto para tomar posesión del barco en
que habría de dar la vuelta al mundo,
la Muerte, con su pañuelo rojo atado al brazo,
quiso echarme al mar por la pasarela,
y tuve que darle una patada en la boca.

Pero ella me esperaba siempre en los cuatro puntos cardinales
acompañada de sus seis hijos, de los cuales tres son débiles
y tres son gigantes.

–Mala Muerte, mala Muerte:
si te preñé en Nueva York
te preño en Alejandría.

La Muerte me perseguía por toda la cordillera de los Andes
con su maletín negro en la mano.

La muerte andaba detrás de mí por los pasillos del Banco de
Londres & Montreal Ltda.

La Muerte me acechaba en las avenidas de Río de Janeiro
disfrazada como un vendedor de esencias.

La Muerte, llena de impaciencia, mordía uno a uno los
ciento veinte dedos de sus seis hijos,
de los cuales tres son bicos y tres tienen el labio partido.

–Mala Muerte, mala amiga:

si yo te preñé de noche,
puedo preñarte de día.

La Muerte me manda paquetes postales ahumados al
apartado de correos 5094,
la Muerte introduce amenazas anónimas por debajo de la
puerta de mi casa, en el número 4 de la calle 14,
la Muerte me espera en las escaleras, en las bocacalles, en los
grandes almacenes de especias,
la Muerte me manda razones con el juez, me escribe insultos
con carbón en las paredes.

–Mala Muerte, mala esposa:
vivo o muerto da lo mismo,
te empreño de todos modos.

La Muerte les habla mal de mí a los vecinos, me empuja en el
metro, me espera a la salida de los cines,
la Muerte me oculta las recetas del médico, me derrama la
leche, me esconde las medias,
la Muerte manda sus hijos a que me tiren piedra, que se
burlen de mí, que me muestren la lengua,
la Muerte obstruye las cañerías de mi casa, se orina en el
zaguán, abre goteras en el techo.

Es evidente que la Muerte me persigue.

¿No les parece a ustedes?

Jaime Jaramillo Escobar (Pueblorrico, 1932 - Medellín, 2021), conocido como X-504, poeta, editor, tallerista y traductor colombiano. Cofundador del Nadaísmo, su obra se caracteriza por la ironía, el sarcasmo y los juegos del lenguaje. Su obra es extensa. Destacamos: *Los poemas de la ofensa* (1968), *Sombrero de ahogado* (1983), *Poemas de tierra caliente* (1985), *Poesía de uso* (2014), *Poemas principales* (2000), *Poemas ilustrados* (2007), *Método fácil y rápido para ser poeta, tomo 1* (1999), *Método fácil y rápido para ser poeta, tomo 2* (2011), *Cartas a Geraldino Brasil* (2014), *Antología poética de Álvaro Mutis, como editor* (1990) y *Antología de Ciro Mendía, también como editor* (1991).

Transcripción

En los treinta años de *Los Poemas de la Ofensa*¹

Por Santiago Londoño Vélez.

En 1968 apareció en Bogotá un libro que hoy puede considerarse como el más sobresaliente que dejó la marea nadaísta y entre los más importantes de la poesía colombiana del siglo XX. Se trata de *Los poemas de la Ofensa*, firmado con el extraño seudónimo de X – 504. Un año antes había obtenido el premio Cassius Clay de poesía nadaísta, al que concurrieron 80 obras. Para justificar su ausencia en la premiación, el autor alegó que estaba muy ocupado, lo que hizo que Gonzalo Arango (1931 – 1976) escribiera: “este gran es, paradójicamente, un maniático del trabajo. Lo ejerce como sustituto de la droga heroica, como evasión de los secretos conflictos de consciencia”, comentario al cual el autor replicó: “La eternidad tiene tiempo de esperarme”.

Para entonces había transcurrido una década desde que Arango publicó en 1958, el Manifiesto Nadaísta. Diez años tardó este movimiento literario en producir su obra cumbre y ella ha sobrevivido, intacta, a los estragos naturales que el tiempo causa en (casi) toda poesía mientras se desvanecen en la memoria colectiva las anécdotas de las pataletas de sus irreverentes socios. Aunque hoy no se consigue en las librerías, no se trata de una pieza arqueológica oxidada.

Parece escrita ayer, por no decir esta mañana. Pero no vale solo porque está fresca como una lechuga en la huerta del lenguaje poético, sino porque al leerla, se despierta viva entre las manos y habla con gran belleza y pertinencia, en

1. Este artículo se publicó originalmente en este mismo medio, **Escritos desde la Sala N° 6**, en enero de 1999. Y se reproduce de nuevo aquí con autorización del autor.

medio de tanto ruido que hostiga, de tanta poesía rosa de hipermercado, de tanta nueva Era inspiradora y positiva, de tantos haikús que parecen estornudos, de tantos redactores de versos.

La primera edición fue impresa por Tercer Mundo y lleva en cubierta una simple ilustración abstracta, en amarillo y negro, firmada por (¿David?) Consuegra. El seudónimo utilizado por el poeta de 36 años, que parecía un registro de nave espacial, era muy propio para una época que presenciaba la llegada del hombre a la luna. Para entonces, el propio Arango ya había publicado, en 1960, una obra de teatro firmada con otra matrícula aeronáutica: HK111. Pero en realidad la máscara de Jaramillo Escobar contiene los primeros números de la cédula y la equis matemática, como símbolo de la incógnita en la que deseaba permanecer.

El libro está organizado rigurosamente en seis ciclos: Averiguaciones de la poesía, Testigo del Hombre, Los poemas de la Envidia, Gran Ciclo de los Relatos, La revelación del alma, Aproximaciones a la Muerte. Los epígrafes que contiene tal vez sugieren las fuentes de inspiración: los evangelios apócrifos, Blake, Whitman, Vallejo, Sartre, Miller. Con la autoridad del inspirado, el poeta obliga a la poesía a tomar posición y a revelarnos su mirada sobre una madre negra, sobre diversos monstruos, sobre el cuerpo, sobre Dios, sobre una llaga incurable que deja la luz en un animal imposible, sobre la muerte, los pasos en falso, el paraíso. La visión de la condición humana queda dicha así: "Esclavo de los dioses, el hombre es un ser aterrado, / y sólo el usufructo de su cuerpo deposita su aspiranza" ("El cuerpo", p. 39).

En los siguientes catorce años, Jaramillo no volvió a publicar nada. En 1982 apareció *Extracto de poesía*, una selección de *Los poemas de la Ofensa*. La Colección Guberek reeditó la totalidad del libro en 1985 y 1991, con una hermosa dedicatoria al poeta Darío Jaramillo Agudelo. Y en 1984 y 1985, de regreso definitivo a la poesía, Jaramillo ganó dos premios nacionales con Sombrero de ahogado y con Poemas de tierra caliente,

Hoy el poeta tiene varios libros inéditos y le hago saber que nos debe a sus lectores la publicación de todos ellos. Entre tanto, cabe rezar, una vez más, el misterioso y encantatorio "Ruego a Nzamé, parte de cuyo secreto tal vez se encuentra en la letra a.

Dame una palabra antigua para ir a

Angbala,

con mi atado de ideas sobre la cabeza-

Quiero echarlas a ahogar al agua.

Una palabra que me sirva para

volverme negro,

quedarme el día entero debajo de una

palma,

y olvidarme de todo a la orilla del

agua.

Dame una palabra antigua para

volver a Angbala,

la más vieja de todas, la palabra más

sabia.

Una que sea tan honda como pez en el

Agua.

Quiero volver a Angbala.

Herencia

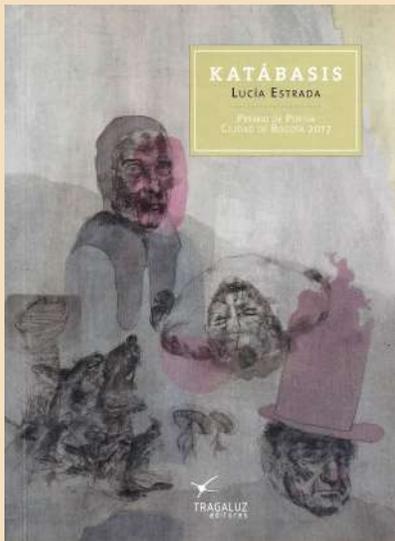
Lucía Estrada



Lucía Estrada, reconocida poeta, traducida a varios idiomas. Fotografía tomada por Diego Arango.

Este es el tiempo, padre, en el que la soga debía apretar el cuello antes de quebrar la rama. Pero todo sigue como al principio. Quieto y silencioso, sin que una voz se escuche a lo lejos, ni una hierba se agite bajo el viento de verano. Este es el tiempo en el que tus cábalas tendrían que haber señalado ya un camino. Muchas veces insistías a los astros, retorcías aritméticas que nada tenían que ver con tu agitado corazón de niebla. Podía escuchar, si aguzaba el oído, tu respiración difícil, tu palpito de cristales que se rompían al menor contacto con la noche. Tu sangre iba dentro de ti buscando presagios, propósitos que no llegarían a cumplirse. Eras en el mundo el cerco que nos impediría rodar hacia el abismo. Y aquí estamos, desnudos bajo el peso de nuestras propias carencias. Ansiosos de saber cuál era la cifra que buscabas, cuál el destino de nuestra estrella, cuál el gesto sencillo que cambiaría el rumbo de tantas cosas perdidas.

Este es el tiempo, padre, en que tal vez hayamos comprendido aquello que rodaba detrás de tus ojos secos,



lo que mirabas sin mirar, lo que de angustia minó las paredes interiores y las cubrió de hiedra.

Este es el tiempo, padre, pero no el mío. No el de la vida que continúa empozándose allí donde no llega nadie, donde cualquier rayo de luz resulta doloroso. Preferías la noche porque sólo en ella el miedo te envolvía tan completamente que era, al fin, tu lazarillo fiel. No importaba que dictara sentencias, no importaba que borrara los números, los rostros, aquello en lo que alguna vez creíste.

Este es el tiempo en que ya no puedo tocarte, en el que tu imagen más próxima es un golpe de dados que pierde para siempre nuestras cabezas.

Lucía Estrada. Medellín, Colombia, 1980. Reconocida poetisa, traducida a múltiples idiomas, entre sus obras se destacan *Las Hijas del Espino* (Premio de Poesía Ciudad de Medellín, 2005), *Cuaderno del Ángel* (Beca de Creación en Poesía Municipio de Medellín, 2008), *La noche en el espejo* (2010) y *Katábasis* (2018), ambas galardonadas con el Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá. Actualmente, Lucía es la Coordinadora cultural de la Casa Museo Otraparte.

Peldaño VI Memoria de Arshile Gorky

Lucía Estrada

Y de nuevo el sol haciendo evidente la herida, la ausencia en medio de un blanco luminoso que abruma los ojos. Huérfano tantas veces como tantas otras hiciste pie, atravesando la tormenta como un pájaro ansioso, como la mano de un dios, como el silencio en que todo cabe.

Hambrientos lobos acechan tras los rasgos más apacibles. Allí donde el amor levantó un templo, ellos afilan sus colmillos, y hasta el color más próximo muerde la mano que lo alimenta.

Estás de pie, inmóvil frente a la ventana, consciente de que todo tiene un límite. Una línea negra, el trazo enérgico de la muerte en pleno mediodía. ¿Es necesario repetir las mismas preguntas hasta que una hoja caiga de un árbol o el viento confirme su desertión?

Ya son algo importante las cenizas indiferentes y hostiles bajo tus pies, la memoria de un cuerpo consumido por el dolor y la inanición, toda fe triturada mucho antes de que pudieras creer en cualquier cosa.

Pero es de nuevo el sol. Manchas negras, penitentes. Trazos que te murmuran algo al oído, una oración tal vez, un cortejo de voces que se alejan llevándote...

Fuego cruzado

César Herrera

La bala entró por el único claro
del rostro del Casco azul.
El francés se dobló en el montacargas.
El francotirador no sintió orgullo;
se preguntó qué esperaba de la guerra.
Si muriera, quizá le harían un reconocimiento,
la invalidez le otorgaría una medalla.
Vio caer al francés del casco blindado.
Hemingway se hubiera sentido orgulloso
de derribar a un pato,
de tumbar a trompadas a un boxeador,
de caer arrollado por el whisky
tras la pérdida de una mujer;
pero qué sentido tenía matar a un hombre
que no odiaba (pensó con la boca del fusil contra el
suelo)
que hacía una barricada para proteger a los niños.
Esa noche se le obnubiló la mira telescópica.
Salió a caminar y a beber:
se bebió el fuego cruzado de la madrugada.
Mayo 15/95

César Herrera, Hispania, Antioquia, 1963. Docente. Fundador y director de la revista literaria *Mascaluna*. Director de talleres literarios (Itagüí y Otraparte). Libros publicados: *Travesía para recobrar el sueño* (poesía, 1989), *Escotilla para un amor* (Tercer Premio de Poesía Carlos Castro Saavedra, 1990), *Testigo ocular* (poesía, Ediciones Mascaluna, 1994), *Cruces de mar abierto* (cuentos, Ediciones Mascaluna, 2000), *Isolina* (novela, Fondo Editorial Universidad EA-FIT, 2003).

Fagot, el lujurioso insomne

Gustavo Arcila

**Volcánico, melómano,
bohemio, lujurioso,
una vida siempre
a punto de estallar.
Palabras precisas para
despedir a un amigo
y dos poemas para
confirmar lo que era,
para que duela aún
más su partida.**

Héctor Fagot (1961-2021), aquel poeta panadero que amasaba el pan y la palabra con igual ardor, forjó su imaginario poético en los hornos de la panadería de su padre, en los paisajes de la infancia y en los talleres de los escritores Manuel Mejía Vallejo, en Otraparte, y Jaime Jaramillo Escobar (X-504), en la Biblioteca Pública Piloto.

Además de ser un melómano consumado, fue un lector impenitente de poesía y literatura, en general, con una memoria prodigiosa para narrar en su propio vozarrón los poemas que surgían de su desazón y deleitar los oídos y el alma de sus contertulios. Alcanzó a publicar dos libros de poesía antes de morir, *Asuntos internos* (2001) y *Cómo echo de menos el paraíso* (2016), dos libros cuyos trazos dan cuenta de los avatares íntimos de un poeta volcánico siempre a punto de estallar.

En ellos delineó toda su alma de bohemio sin remedio, expresó con pasión el amor prófugo de las samaritanas de la noche, la alabanza de los pocos buenos amigos, sus fantasmas, el olvido, el horror kafkiano de habitar



Poeta y lector de poesía, con una memoria y un entusiasmo prodigiosos para compartir con sus amigos y narrar los poemas de su desazón.

pensiones inmundas, el chocar de las copas de ron al compás de un tango, la conversación en torno a la fatalidad sublime de la belleza condensada en un perfume de mujer, el homenaje a los hombres que anidaron en sus ojos la visión estética de su corazón tempestuoso, la sinrazón del naufragio y el abrazo fraterno, ese propio enemigo íntimo llamado Fagot que caminó al lado de Héctor, al filo de un cuchillo y terminaría por desquiciarlo.

Es bella y anecdótica la frase de su alumno recluso en la cárcel de Bellavista, quién se acercó y le dijo: “Gracias, profe, por enseñarme quiénes son Oliverio Gironde, Alejandra

Pizarnik, Juan Gelman, Meira del Mar, Nazim Hikmet, Jaime Sabines. Gracias por enseñarme mil maneras de darle forma a la harina”, y por último, agregó: “Profe, yo qué iba a imaginar que en la poesía y la harina venía escondida la segueta para limar los barrotes de esta prisión. La poesía me puso alas”. Ahora, por fin, Fagot puede volar libremente, pues con la poesía se liberó de sí mismo y a nosotros, los que lo quisimos, de no volver a ser los mismos.

Toda nueva antología de poesía colombiana deberá tener el pudor de incluir los versos del hijo maldito del Cerro Bravo. Lo demás es bagatela.

Huella del naufragio

Héctor Fagot

Hasta la playa de su cuerpo
como sobreviviente náufrago
llegué hasta sus orillas
con el cuerpo amaratado
por el ataque y embestida
de las altas olas del desamor
entonces descubrí
pájaros y música
y el mejor alimento
fue la fruta virgen de su cuerpo
fruta tomada del último árbol
que quedó del paraíso.
Pensé y te dije
que desde tu amor
como el agua
a las piedras del río
pulieras en mí
esculpieras en mi
tallaras en mi
la piedra antigua y dura
de este corazón que te ofrezco
sólo hasta que brille
sólo hasta que respire
sólo hasta que cante
y sólo hasta que resucite otra vez.

Cine mudo

Héctor Fagot

Ella dice
que la vida sería mejor
con música de fondo.
Yo le pido
que se convierta
en la banda sonora
de esta película triste
que es mi vida.

Héctor Fagot. Poeta y lector de poesía, con una memoria y un entusiasmo prodigiosos para compartir con sus amigos y narrar los poemas de su desazón.



Entrar en el día
como en una vieja bodega
repleta de cajas
caminar con cuidado
sin tocar
sin abrir
y con la curiosidad intacta
clausurar para siempre
otra puerta

Despides la jornada
con la buena certeza
de que otra vida es posible
y al cabo del sueño
una nueva mañana
se repite

Jorge Iván Agudelo. Medellín, 1980. Historiador de la UNAL de Colombia, sede Medellín. Maestría en hermenéutica literaria de EAFIT. Desde 2003 dirige el Taller de Literatura para Jóvenes de la BPP. Poemarios publicados: *La calle por cárcel* (Editorial U de A, 2010) y *Ni el abrazo ni el refugio* (Editorial U de A, 2016), al que pertenecen estos dos poemas.